

PARTE SEGUNDA.

I.

Este era un *Círculo* ó sociedad que había en Madrid por entonces (creo que ya no hay de esas cosas allí), en el cual círculo sólo tenían ingreso los aspirantes que pudieran acompañar á su instancia una ejecutoria de sangre azul, y, á ser posible, una buena garantía de responsabilidad pecuniaria; porque con ser de gran monta los gastos reglamentarios de cada socio, llegaban hasta lo incalculable los *imprevistos*. Como que se trataba allí de matar los interminables ocios de la vida entre los hombres del blasón y del dinero... ¡que ya es matar!

Ocupaba la sociedad una gran casa, de suelo á cielo, en una gran calle de lo mejor entre lo más caro de la villa y corte; y en la gran casa había grandes cocinas, grandes cuadras y grandes cocheras con muchos y muy lujosos carruajes, abajo; y grandes salones de conversación, de juegos lícitos y de lectura; grandes salas para otros usos, hasta sala de esgrima, y grandes comedores y cuartos de tocador y gabinetes para vestirse, para escribir y para jugar á lo que no debía verse, arriba; y lo

de arriba y lo de abajo, y lo de acá y lo de acullá, con todo el lustre de decorado y servidumbre que la *institución* y sus destinos requerían.

Claro está que una cosa de tal índole no podía ser bautizada á la española; por eso se llamaba *Sport-Club*, nombre que, tras de ser inglés, dejaba traslucir ciertas aficiones de la gente de adentro á un espectáculo que no se concibe en España más que en caricatura. Lo mismo que si en Londres estableciera la «alta sociedad inglesa» un *Club* con el nombre de *Círculo taurófilo*, ó de aficionados al toreo para que me entiendan mejor los que no tienen muy hecho el oído á estas jergas greco-latinas. En fin, bien ó mal bautizado, ello es que había en aquel entonces en Madrid ese *Sport-Club*, y que, á juzgar por lo que en él se contenía y pasaba, era como la casa de todos los que no la tenían, ó no querían tenerla, ó la frecuentaban muy poco. Por el *Club* iban sus socios á todas partes, y de cualquiera parte que vinieran daban en el *Club*. Lo que hacen los simples mortales con el propio domicilio.

Comenzando á contar por los balcones de la fachada principal, que eran otros tantos «coches parados» á ciertas horas de la tarde, en aquel edificio había estimulantes para todos los gustos de los concurrentes desocupados: revistas verbales de paseos, salones y espectáculos... se entiende, de lo tocante á las hermosas damas de «su mundo» que se hubiesen exhibido en ellos; murmuraciones subsiguientes con ampollas; lecturas breves, bien ilustradas y muy picantes; *El Figaro* de París,

con sus crónicas escandalosas del *demi-monde*, por *Gaceta*; la esgrima del florete, de la espada ó del sable, no como ejercicio higiénico, sino como artículo de posible necesidad entre gentes que vivían á dos pasos del *campo del honor*; para el que fuera inclinado á los placeres del estómago, el *restaurant*, los licores, los vinos exquisitos, las pastas más regaladas... cuanto se pidiera por la boca; para los temperamentos profundamente enervados por la holganza regalona, el juego: si no entretenían bastante el tresillo ó el *ecarté*, el *monte* ó el *baccarat* ó el *treinta y cuarenta*; si abundaba el dinero en casa, para que la emoción resultase, se apuntaba fuerte; y si no lo había y apuraban los compromisos, fuerte también para salir de ellos cuanto antes, ó acabar de hundirse en la ruína; en efectivo, si lo había á mano; ó en cosa que lo representase, si quedaba crédito bastante, en opinión de aquellos caballeros que se agrupaban allí para desplumarse mutuamente con todas las reglas y cortesías del oficio; para el gomoso enamorado ó el hombre presumido, si tenían en poco la librea de la sociedad para ponerse en pública exhibición, estaría á la puerta de la casa y en hora conveniente, el exótico cuartago con el blasón de familia en cada metal de sus arreos, en el cual bucéfalo cabalgaría el elegante para dirigirse al Retiro, medir aquella pista á zancadas unas cuantas veces, y desfilar al anochecer por la Castellana á medio galope de podenco; y lo que digo del caballo acontecía con el coche.

Más tarde, y después de comer en el *Club* y de vestirse allí también, al teatro más de su gusto, con el billete de abono de la misma sociedad, ó á los salones de su preferencia, ó á lo uno y á lo otro, porque para todo daban las noches y las costumbres de su mundo. Después de los salones y del teatro, al *Club* otra vez indefectiblemente: á cenar, si había ganas, ó á tomar un pisco-labis, si no las había, y á «cambiar sus impresiones,» que no faltaría con quién. Allí estarían ya, dejando escapar las suyas, recientemente adquiridas, el mozo imberbe, más cargado de vicios que de años, y el viejo disipado, centelleando lascivias y torpezas por sus ojuelos lacrimosos, y mascullando obscenidades entre los pedruscos de su dentadura postiza. Desde allí ¡vaya usted á saber adónde irían aquellos caballeros hasta las tres de la tarde, hora en qué reaparecían un momento en la vía pública... para volver otra vez al *Sport-Club*, á observar, á murmurar, á comer, á jugar, á vestirse, etc., etc.! Y los más de ellos eran casados ó «hijos de familia.»

Amén de estos recreos al pormenor, y los que no se puntualizan aquí, porque no hay para qué puntualizarlos, la sociedad tenía otros en común, como ciertas algaradas de estruendo, ora en el Hipódromo en los días de carreras, ora en la del Prado y de la Castellana, disfrazados los socios de canes lanudos, y amontonados y latiendo en sus perreras, en las tardes de Carnaval. Esto era el colmo de lo *chic*, de lo *pschut* y de lo *becarre*.

Andando el tiempo no pudo el *Club* con la carga de sus gastos, y le fué necesario barrenar sus estatutos para atraerse la ayuda de la aristocracia de las talegas, siempre que ésta supiera competir con la de adentro, cuando menos en saber gastarlas y lucirlas. A montones parecieron los aspirantes. Podrá faltarles abolengo conocido á las notabilidades de esta especie; pero vicios y afición á exornarlos con todos los recursos del dinero... ¡á buena parte iban con la cláusula los de la pata del Cid!

Lo que nunca se ha puesto en claro es de qué enfermedad vino á morir el *Sport-Club*, cuando con este ingreso de ricos despilfarradores parecía haber asegurado su existencia por largos años. Porque el *Sport-Club* de que yo voy hablando, dejó de existir hace mucho tiempo. Y es bueno que conste así.

Pues bien, en el *Sport-Club*, á las dos de la mañana y en una sala de las más concurridas á aquellas horas en que duermen y reposan las gentes ordinarias que todavía conservan los resabios del trabajo y del hogar, departían afectuosamente, arrimados á una mesa, Manolo Casa-Vieja y Paco Ballesteros, después de haber tomado chocolate á la vainilla el uno, y el otro buena ración de bife con media botella de Burdeos. Ballesteros era recién llegado á Madrid: se había encontrado aquella noche con su antiguo amigo Casa-Vieja en el teatro Real, y se habían venido juntos al *Sport*, del cual era socio el último y lo había sido el primero antes de su salida de España.

Andarían allá, ten con ten, en edad: de treinta y dos á treinta y cinco. Casa-Vieja era blanco, de pelo castaño y lacio, de mirar displicente; no feo, pero muy marchito de cara, en la cual descollaba un gran bigote, desmayado también y del color del escaso pelo de la cabeza. El cuerpo, bien conformado y correctísimamente vestido, por el modo de caer en la silla y el ritmo de todos sus movimientos, acusaba la propia dejadez reflejada en los ojos y en el gesto. Parecía, en suma, y lo era en verdad, lo que se llama *un hombre gastado* fuera de sazón.

Su amigo Ballesteros era lo contrario en lo físico y en lo moral, sin ser menos perdido: moreno lavado, de barba recia muy recortada, y negra como los ojos y el pelo; vivo de mirada y de frase, suelto y expresivo de ademanes, y bien trazado de contornos.

Formaban ambos un contraste completo. Casa-Vieja hablaba casi todo lo que tenía que hablar, que era lo menos que podía, con el sombrero sobre la sien izquierda, la mejilla derecha en la mano del mismo lado, el codo correspondiente sobre el velador, el enorme puro, con sortija, en la boca, cuando no en la otra mano, y la mirada errabunda y desdeñosa, sin interés ni codicia por nada. Ballesteros hablaba con los dos antebrazos sobre la mesa, y con los ojos clavados en el medio perfil de la cara de su amigo.

—Figúrate—llegó á decir aquél á éste,—si tendré ansia de saber cosas de mi tierra y de mis

gentes. ¡Once años bien cumplidos fuera de la patria, con pocas noticias de ella, y esas vagas y á retazos, que es peor que no saber nada! Luégo, con el arrastrado oficio que uno trae y la vida que uno se busca para ir tirando con él sin morirse de pesadumbre... ya ves tú, se borra muy pronto de la memoria todo lo que no cala muy adentro. Por desgracia tuya y fortuna mía, eres la primera crónica que pesco á mano desde mi llegada á Madrid; porque no miento si te juro que me largué al Real con el polvo del camino, después de cumplir con la dispersa familia con dos apretones de manos y tres abrazos á escape.

—¡Crónica yo!—respondió Casa-Vieja, quitándose el cigarro de la boca para sacudirle la ceniza.—Si la quieres negra... Aquí no se gasta otra cosa. Pero, ante todo, vamos á ver, ¿qué demonios has hecho tú por ahí afuera, sin maldita la necesidad la mayor parte del tiempo? Porque la madre patria ha podido pasarse muy bien sin tus servicios diplomáticos... llamémoslos así.

—Y yo mucho mejor sin ella, Manolo: créeme. Pues me cogió *la gorda*, la de septiembre, en Londres. Vino el gobierno provisional, y conseguí, es decir, me consiguieron aquí que se me revalidara la credencial de agregado, trasladándome á París... ¡miel sobre hojuelas! y allí serví al nuevo orden de cosas con la misma lealtad y el propio celo con que había servido al anterior. De París fuí á Lisboa, y en Lisboa juré á don Amadeo, y le serví con igual celo y la propia lealtad que á todo

lo precedente... hasta que se proclamó la República.

—Y dimitiste, como buen aristócrata.

—Pues ahí verás tú: *me dimitió* ella, como era de esperar, siendo yo de los que se mudan la camisa todos los días. Sin embargo, hubo por acá tentativas de reválida, que no colaron. Ya ves que soy franco. Hasta que llegó la restauración y volvimos con ella á nuestros destinos todos los leales.

—Conformes, hasta en eso de la lealtad; pero entre la proclamación de la República y el estam-pido de Sagunto, pasó tiempo sobrado para que te dieras una vuelta por tus lares.

—¿A qué, Manolillo de mi alma? ¡Me iba tan bien por ahí afuera! Eso sí: todos los días me despertaba con los mejores propósitos. «Hay que volver á la patria, á la querida patria,» me decía yo muy á menudo; «al suelo nativo,» que dicen los cultos. Pero ¡buena estaba la querida patria entonces para que volvieran á su regazo hijos de tan blando corazón como yo!... Porque tú no puedes figurarte lo que á mí me afligen estas inacabables desventuras de nuestra hidalga tierra, «la tierra proverbial de los caballeros,» como siguen afirmando los españoles *seriamente* cultos. Por otra parte, la familia no me tiraba gran cosa que digamos... Bien sabes tú la vida que traía mi ilustre padre. Mis hermanas estaban casadas, y mi hermano Ramiro gastando el último soplo de vida en endosar honradamente sus deudas á sus colaterales, y en despabilar á la última de las mujeres que á tal extremo le habían llevado en lo mejor de la vida.

Añade á todo esto que, al largarse de España don Amadeo, triunfaba yo de las esquiveces de una *princesa* polaca que había conocido en París, ¡obra magistral de la naturaleza... y del arte! Tuve que volver con ella á la gran capital, al «cerebro de Europa.» Allí, tres meses de invernada. Después fuimos á Florencia, y á Roma, y á Berlín... y á los quintos infiernos... hasta que nos cansamos de viajar juntos, y nos separamos. Buena ocasión aquélla para tornar á los patrios lares, con un poco de ánimo para ello; pero ocurrió entonces *lo* de la austriaca...

—¿Cuál de la austriaca?

—Ciertos disgustos pasajeros con un... *magyar* de guardarropía; tres meses de largos viajes con ella... Y así sucesivamente, hasta la restauración.

—¿Con la misma austriaca?

—Y con otras... por el estilo.

—¡Gran vida!

—Pero muy cara, créelo. Me ha derretido un costado y la mitad del otro. Ahora me doy al ahorro, haciendo la vida del hombre bueno. Vivo, hasta nuevo traslado, en Viena, como un tudesco ejemplar: ya ves, hasta me resuelvo á tornar á la patria querida con una licencia de dos meses... y el propósito de que me asciendan á primer secretario... *Et voi-là tout*. Y ahora que conocés mi historia, venga algo de la tuya. Te casaste ¿verdad?

—¡Uffff!...

—Y ¿qué es de tu mujer?

—Por ahí anda.

—Poco entusiasmado te veo.

—Todo lo que cabe en justicia... No congeniamos... como era de esperar. Ella tenía sus resabios de casta, y yo los míos; y como no me gusta incomodarme, poco á poco y con cierta diplomacia nos fuimos restituyendo mutuamente la querida libertad, hasta hacer cada uno la vida que más le agrada.

—¿Tienes hijos?

—Sí, *tuve*... dos ó tres: tres fijamente.

—Es decir, que se te han muerto?

—No he dicho tal; viven los ángeles de Dios, pero con su madre.

—¿Luego no hacéis vida común?

—Hasta cierto punto: bajo el mismo techo, pero con distintas horas y diferentes costumbres. Quise decirte que los chicos están al cuidado de su madre y sin apego maldito á mí.

—Y eso ¿no te produce celos de padre amoroso?

—¿Para qué ni por qué? Antes me alegro de ello, porque me exime de toda responsabilidad en lo que ha de suceder mañana.

—¿Qué temes que suceda mañana?

—No temo, sino que doy por hecho que esos pedacitos de mi corazón, de todas maneras han de salir unos perdidos, como tú y como yo. No puede dar otra cosa el terreno...

—Oye un instante: ese que entra ¿no es Montecuro?

—El mismo señor duque.

—Y ¿qué se hace ahora?

—Lo de costumbre: gastarse las rentas alegremente. En este momento histórico se las chupa una ribeteadora, que de seguro da en todo quince y raya á tus princesas, por hermosas, elegantes y despilfarradoras que puedan ser. Ultimamente le ha sacado á tenaza un *chateau* en Bélgica. Es una sañuijuela que se pasa de fina.

—¿Y su mujer?

—Pues su mujer acepta heroicamente las situaciones como se las presentan, y se venga como el diablo la da á entender. Lo peor para ella es que se va envejeciendo demasiado, y esta fatal circunstancia le dobla las dificultades; porque carga sobre la infeliz la mayor parte del trabajo.

—Y á propósito de estas cosas, ¿qué ha sido de nuestro contemporáneo Sierra-Calva?

—¡Valiente estúpido!

—Lo fué siempre, bien me acuerdo.

—Pues así acabó.

—¿Ha muerto?

—Valiérale más. Se casó, siendo una criatura, con una huérfana insípida, educada entre monjas.

—Me acuerdo también de ello... Decían que era muy rica.

—Y lo decían con razón. ¡Pues esa fué la madre del borrego! Un casamiento de conveniencia... para él que ya tenía una mina de oro, solamente en lo heredado de su padre. Al año de casado se murió su madre. Otro platal á la hucha. Nunca podrás formarte idea de las barbaridades á que se entregó